

CRISTIAN CAMPOS



**LA ANOMALÍA
CATALANA**



**¿Y SI EL PROBLEMA FUERA CATALUÑA
Y ESPAÑA LA SOLUCIÓN?**

DEUSTO

La anomalía catalana

¿Y si el problema fuera Cataluña
y España la solución?

CRISTIAN CAMPOS



EDICIONES DEUSTO

© Cristian Campos, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3096-3

Depósito legal: B. 23.353-2019

Primera edición: noviembre de 2019

Preimpresión: gama, sl

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	11
Cataluña es el problema y España la solución	15
Queremos ser independientes de España para ser como España	17
De Joan Maragall a Los Nikis	19
¿Qué echan hoy en el <i>procés</i> ?	21
El big bang de la Gran Anomalía catalana	24
Esos quiijotes llamados catalanes	26
Un edén embrutecido por el servicio doméstico	28
Si la mía es la lengua propia es porque la de mis vecinos es la lengua impropia	30
Los transexuales de la lengua	32
A la escalera social catalana no te subes sin un apellido pata negra	33
Todo esto ya lo hemos vivido antes	35
Tan normal no será si necesitas imponerlo por ley	37
El nacionalismo de algunos antinacionalistas se enciende con agüita	39
Siempre en compañía, y nunca el principal	41
La Liga Norte de la Padania española	43
¿En qué se parece un nacionalista a un <i>social justice</i> <i>warrior</i> ?	45
Que se joda el capitán, hoy no como rancho	47
Una posible solución al embrollo	49
Una historia verdadera	51

Los niños siempre serán suyos	53
«Inmersión lingüística» es el eufemismo con el que el nacionalismo evita decir en público «Los niños siempre serán nuestros»	54
La izquierdita cobarde	56
La inmersión garantiza la continuidad de las tradiciones familiares	59
Este sistema educativo no contiene trazas de españolidad	61
Los pioneros del lenguaje nacionalista no son gente admirable.	64
El español no va a desaparecer de Cataluña, pero el nacionalismo hará todo lo posible para lograrlo	66
Lo que no tiene remedio no tiene remedio y, además, es imposible	69
La prensa nacionalista catalana se parece a los propagandistas de la dictadura cubana en algo más que la bandera.	70
Una prensa de país	72
Una prensa privada a sueldo de lo público	74
En la Cataluña nacionalista todos los diarios son el mismo.	76
El redactor jefe de Cataluña	78
¿Corrupción? ¿Qué corrupción?	80
El método catalán del editorial único	83
La palabra «responsabilidad» no significa lo que tú crees que significa.	86
La difícil rentabilidad del periodismo en catalán	89
«Barcelona es el <i>Titanic</i> » (y el nacionalismo, el iceberg)..	91
La Barcelona suicida	94
Ustedes que pueden, ríndanse	97
Ese monumento al crimen llamado Sagrada Familia.	101
Bin Laden, <i>mon amour</i>	104
ETA, mátanos a todos	107
Esos necios españoles que se convierten en Napoleón cuando cruzan el Ebro.	110
Barcelona, la Caracas de Europa	112
Sarna con gusto no pica.	116

La mejor alcaldesa posible para Madrid	118
Los palestinos de la Dinamarca del sur	120
Algún día los catalanes viajaremos por el mundo con todos los gastos pagados; mientras tanto, pagamos el doble por todo	124
«Y todo esto, ¿quién lo paga?»	126
Cataluña, la comunidad gamberra del Programa 2000 . . .	129
El catalanismo moderado: el monstruo del lago Ness de la política española con suite en el Palace de Madrid . .	136
El camino más corto entre dos concesiones del Estado es el catalán pragmático	138
Cataluña nunca será vuestra	140
Controlando la Sala Segunda desde detrás	143
Salvando a España	147
Mire usted, vamos a ver	149
El hombre que era Cataluña	153
El golpe de Estado no existe, idiota	156
El hombre que casi conoció a Javi Melero	159
Melero es una metáfora	161
«Vuelvan a sus casas, aquí no hay nada que ver»	167
El príncipe del 3 por ciento	170
Yo no estoy encerrado en esta prisión con vosotros, vosotros estáis encerrados en esta prisión conmigo . . .	173
El catalán es un inexorable histórico	177
El país de los que creen haber bateado un <i>home run</i> cuando han nacido en tercera base	180
Taxonomía del nacionalismo catalán	184
El nacionalismo es siempre extrema derecha	187
Un golpe de Estado de la marca ACME	190
De Franco a la CUP	193
Como Franco, pero en 2019	198
Les duele Cataluña en el cogollo del corazón	202
Los placeres culpables catalanes	206
Cataluña es mucho más de lo que los nacionalistas creen . .	219
Jamás te lo perdonarán, Montilla	223
Los alienígenas del nacionalismo	226
50 por ciento israelíes, 50 por ciento palestinos	228

La inaudita deslealtad de la Cataluña republicana	233
El rebaño escandinavo	238
El discretísimo encanto de la burguesía catalana	246
Ha salido a su padre	251
Una pésima idea aplicada a la especie correcta	256
Agradecimientos	269

Cataluña es el problema y España la solución

«Un catalán es alguien que se ha pasado la vida siendo ciento por ciento español y le han dicho que tendría que ser otra cosa.» La frase es del catalán Josep Pla, entrevistado en 1976 por el murciano Joaquín Soler Serrano en el programa de televisión *A fondo*. La de Pla sigue siendo la descripción más precisa jamás hecha de los catalanes. Pero, sobre todo, del llamado problema catalán. Lo sé porque yo mismo soy catalán.

Con un matiz. Como el nacionalista de 1976, el nacionalista del siglo XXI cree ser un catalán encerrado en el cuerpo de un español. España es para él un parásito gestándose en las entrañas de la patria. Pero a esa fantasmagoría ha añadido una angustia más. La que le provoca el hecho de que la mitad de sus vecinos se pretendan *tan* catalanes como él cuando son *sólo* españoles.

Dicho con otras palabras. Al viejo trastorno dismórfico identitario, los líderes políticos y civiles nacionalistas han añadido la xenofobia institucional. Y al resultado de la suma lo han llamado el *procés*. Sus consecuencias, como la radiación tras el accidente de la central nuclear de Chernóbil, pervivirán durante décadas. Y a la cabeza de ellas, la quiebra social de los catalanes en dos comunidades separadas por la lengua y la ideología, que en Cataluña son lo mismo.

Puesto que en este punto en concreto como en todos los demás la realidad ha resultado ser tan tozuda, el catalán nacionalista ha resuelto su problema fingiendo que la mitad de sus veci-

nos no existe. Y de ahí que cuando un nacionalista dice *los catalanes*, el público deba entender que se refiere sólo a los catalanes nacionalistas. También hay que entenderlo así cuando el que habla de *los catalanes* es un socialdemócrata de Madrid. Los otros catalanes nos hemos resignado a ser tan invisibles en Barcelona como en el Congreso de los Diputados.

Y no es que la invisibilidad sea una condena insoportable, al menos para los que hemos leído *La emboscadura*, de Ernst Jünger, y nos hemos atrincherado con gusto en los bosques que crecen en las afueras de las grandes mayorías sociales. Pero cuando esa invisibilidad ha sido impuesta desde el *Boletín Oficial del Estado* y el *Diario Oficial de la Generalidad de Cataluña*, e incluso desde el Tribunal Constitucional, quizá deberíamos empezar a preocuparnos por la tala.

Esos otros catalanes, que coinciden casi al milímetro con el grupo de los catalanes castellanohablantes, es decir con aproximadamente el 55 por ciento de la sociedad catalana, no existen en la cosmovisión nacionalista de la patria. No es que el nacionalismo los considere extranjeros. Lo que ocurre es que, para el nacionalismo, los catalanes castellanohablantes *son* (españoles) porque no *están* (catalanes). Son ectoplasmas de la patria. Excepto cuando le arrancan los lazos amarillos de las farolas. Ahí adquieren corporeidad, los granujas. Y para lidiar con el problema, el catalán nacionalista telefonea a los Mossos d'Esquadra como quien llama a los cazafantasmas.

De la discordancia entre el ser español y el deber ser catalán, es decir de la desobediencia de la mitad de los ciudadanos catalanes a los dogmas fundacionales de la región, nace el llamado conflicto catalán.

Queremos ser independientes de España para ser como España

España no es el problema de los catalanes más que en la febril imaginación del nacionalismo que señorea la región. Sólo desde una distorsión cognitiva de pronóstico grave puede sostenerse que España es un Estado sociológicamente fascista o que las élites burguesas de una de las cinco comunidades más ricas de uno de los cinco países más ricos de Europa viven oprimidas por un Estado que ha desaparecido de la zona hasta el punto de permitir la erradicación en las escuelas locales de la enseñanza en español.

La democracia constitucional española aparece con regularidad en los puestos más altos de todos los baremos internacionales sobre calidad democrática elaborados por organismos públicos y privados. Somos líderes mundiales en donación y trasplante de órganos. Vivimos casi tanto como los japoneses y en 2040 seremos el país con mayor esperanza de vida del mundo, por delante incluso de ellos. Somos el país de Europa con menos violencia doméstica, uno de los más seguros del mundo para que las mujeres viajen solas y el quinto con más bienestar para ellas. Nuestro sistema de sanidad pública es reconocido internacionalmente como uno de los mejores del planeta. Somos uno de los países europeos más tolerantes con las minorías y uno de los menos racistas, machistas y homófobos. Somos la cuna del tercer idioma más hablado del planeta. El tercero del mundo en patrimonio universal según la Unesco. Nuestras universidades podrían ser mucho mejores (como lo fueron hace siglos), pero

no corrompen a nuestros universitarios lo suficiente como para evitar que decenas de empresas españolas estén entre las más eficaces, eficientes y rentables de Europa. Los españoles nos suicidamos poco, cocinamos con mimo y somos premiados por ello cada año. Nos matamos los unos a los otros en muy raras ocasiones, escribimos bien y cantamos aún mejor. Somos envidiados por gente como Amancio Ortega, Pedro Almodóvar, Rosalía, Rafael Nadal o Javier Marías. Nos conocen por Picasso, Camarón, Cervantes, Lope de Vega, Goya, Velázquez o Dalí. Preconfiguramos los derechos humanos gracias a Bartolomé de las Casas y sus leyes de Indias. También es nuestro el primer esbozo de derecho internacional moderno, que nosotros llamamos «derecho de gentes» y que nació en el seno de la Escuela de Salamanca. Financiamos el descubrimiento de América y la primera circunnavegación de la Tierra. Construimos un imperio, ganamos batallas, fuimos derrotados en otras, perdimos el imperio y salimos de una dictadura con un pacto entre compatriotas que aún hoy es admirado y estudiado internacionalmente.

Y a todo eso, que no es poco sino mucho, hay que añadir nuestro fatalismo. Un fatalismo que nos lleva a pasarnos de frenada con plomiza frecuencia y a sostener que este país es un infierno, la vergüenza de Europa, un caos invivible tiranizado por corruptos, fascistas e ignorantes. Y entre esos españoles incapaces de ver la más mínima virtud en este país, los catalanes destacan como los más españoles de todos, puesto que no sólo lanzan pestes contra España, sino que se han convencido a sí mismos de que, libre del yugo español, Cataluña conseguirá ser todo aquello que España ya es desde hace décadas. «Quiero dejar de ser como yo creo que son los españoles para poder ser como son los españoles en realidad» es la frase más española que se me puede ocurrir.

De Joan Maragall a Los Nikis

Durante décadas, a los ciudadanos catalanes castellanohablantes se les ha llamado charnegos. Ahora se les llama colonos o, en lenguaje recto, «bestias con forma humana y baches en el ADN». El autor de la expresión anterior no es un agreste cualquiera, uno de esos que se pasean por las calles catalanas con un cucurucho de papel amarillo en la cabeza y megáfono en mano pidiendo a gritos la liberación del último golpista manufacturado por los partidos políticos locales. Ni siquiera un cómico de TV3, los intelectuales de la región. El autor es todo un presidente de la Generalidad.

¡Cuánto hemos avanzado desde los tiempos del «escucha, España, la voz de un hijo que te habla en lengua no castellana, te han hablado demasiado de los saguntinos, y de los que por la patria mueren, tus glorias, y tus recuerdos, recuerdos y glorias, sólo de muertos: has vivido triste», del poeta Joan Maragall! En 1898 te aleccionaban condescendentemente en verso y ahora te llaman infrahumano en prosa. La que sí ha cambiado es la sociedad española. De la Generación del 98 pasamos, Transición mediante, a Los Nikis, que en 1986 cantaban: «Hace mucho tiempo que se acabó, pero es que hay cosas que nunca se olvidan, por mucho tiempo que pase, 1582, el sol no se ponía en nuestro imperio, me gusta mucho esa frase, con los Austrias y con los Borbones, perdimos nuestras posesiones, esto tiene que cambiar, nuestros nietos se merecen que la historia se repita varias veces». ¿Detectan la ironía? No es una *boutade*. Cataluña

jamás ha tenido unos Nikis porque jamás ha hecho su Transición.

En realidad, Cataluña sí ha tenido sus Nikis. Los Nikis catalanes se llaman Albert Boadella y el nacionalismo le taló tres cipreses que crecían junto al jardín de su casa de Jafre, en Gerona. También le rompieron las chumberas y lanzaron basura dentro de su propiedad. Es de suponer que por librepensador, que en Cataluña equivale a anticatalán.

¿En qué país de Europa se toleraría que un presidente regional escarneciera de esa manera a los ciudadanos de su país? Y al insulto añadan la injuria. Porque cuando Torra insulta a los españoles, quien les está insultando en realidad es el Estado español, aunque sea por trovador interpuesto. ¿O no es cierto que los presidentes autonómicos son los principales representantes del Estado en su región?

«Los catalanes son bestias con forma humana y baches en el ADN» es una frase impensable en boca de un presidente español. En Cataluña, sin embargo, los insultos de Torra no merecieron mayor escándalo que el que merecería el berrinche de un niño. De hecho, se perdonaron en menos tiempo del que le había llevado al bardo escribirlos. Ahora razonen por qué le perdonamos al niño Quim lo que no le perdonaríamos a los adultos Felipe, José María, José Luis, Mariano y Pedro. Y piensen en lo que dice eso del respeto real de los catalanes por ese cargo de «muy honorable presidente» que tanto dicen respetar.

Al igual que un tipo de metro y medio que se compra un Hummer, los catalanes nacionalistas han añadido un «muy honorable» a la palabra *presidente* para barnizar de épica al líder de la tribu. Y no le han calzado un mantón de armiño porque ahora se pretenden republicanos. La cosa ha salido regular, porque uno lee las siglas MHP y lo primero que le viene a la cabeza no es, precisamente, muy honorable presidente.

¿Qué echan hoy en el *procés*?

El catalán nacionalista disfruta siendo un problema para España, y si algo hay que admirar de los ideólogos del *procés* es la perspicacia de haberlo convertido en una actividad de ocio más, pues eso y no otra cosa son las manifestaciones del 11 de septiembre, los gritos de *libertad* en el minuto 17.14 de los partidos del F. C. Barcelona, las barbacoas separatistas frente a la prisión de Lledoners o las ya habituales entrevistas a terroristas en TV3. De ahí el escándalo que provocó en Cataluña el juicio a los líderes del *procés* en el Tribunal Supremo: «¡Cómo se atreven a juzgarlos, si sólo se estaban divirtiendo!».

Una de las características más llamativas del catalán nacionalista es que construye su identidad por la vía de la negación. «Yo no soy como tú», dice. Y sólo después, añade: «Yo hablo catalán». El orden lo tiene claro: primero saca la basura de casa y luego pinta las paredes de rosa. Porque un catalán nacionalista jamás se conforma con ejercer de tal y santas pascuas. Necesita que el prójimo contribuya a la causa largándose con viento fresco de vuelta a su pueblo si no cumple con los requisitos, puramente caprichosos, de la catalanidad. Ese arcano sobre cuya definición no hay dos catalanes que coincidan.

También hay algo de vástago mimado por encima de las posibilidades de su autoestima. Obligado a compartir el cariño de los Presupuestos Generales del Estado con andaluces, madrileños, vascos, gallegos, castellanos y valencianos, el catalán nacionalista ha preferido renegar de sus conciudadanos y amenazar

con huir de la casa común con su parte alícuota del mobiliario. Jamás ha llegado más allá del paso de cebra. España, pero sobre todo Europa, no le han dejado cruzar solo.

Como todos los adolescentes políticos, el catalán nacionalista cree *a)* que su problema eres tú, *b)* que tu problema también eres tú, y *c)* que la solución a ambos problemas es él. ¡Hasta yo mismo llegué a creer en algún momento adolescente de mi pasado que la solución al problema español era la catalanización de España!

Cataluña no es una entidad, sino una no-entidad: la no-España. El catalán nacionalista se define por la negación de su españolidad, y el resto apenas es folclore: paisaje, gastronomía, una lengua regional y un poco (cada vez menos) de literatura y de arte. Esto último es una tragedia y su ejemplo más sangrante es la progresiva huida del sector editorial a las tierras libres de Madrid. Que eso parezca no importarle a nadie es, quizá, la principal prueba de cargo de la decadencia de la región. Pero cuando todas las energías de una sociedad se invierten en el resentimiento identitario, parece inevitable que la cultura acabe saltando por la ventana.

En los años sesenta y setenta, la cara de Cataluña en Madrid eran escritores, editores, arquitectos y artistas como Juan Marsé, Joan Manuel Serrat, Carlos Barral, Peret, Ricardo Bofill, Colita, Eugenio Trías, Jorge Herralde, Oriol Bohigas, Pere Gimferrer, Oscar Tusquets, Esther Tusquets, Juan Goytisolo, Félix de Azúa o Jaime Gil de Biedma. También, claro, Salvador Dalí, Joan Miró o el mismo Pla.

Hoy, las caras de Cataluña en Madrid son las de Carles Puigdemont, Andreu Buenafuente, Risto Mejide, Oriol Junqueras, Àngel Llàcer, Dani Mateo, Pilar Rahola, Javier Cárdenas, Gerard Piqué, Gabriel Rufián o Jordi Évole.

¿Qué ha ocurrido para que Cataluña exporte hoy publicistas y cómicos cuando en los años setenta, con toda una dictadura a cuestas, exportaba inteligencia? ¿Para que la cultura catalana haya descendido en democracia hasta cotas de telebasura? La referencia no es gratuita. El primer telebasurero de España fue un catalán, Javier Sardà. «Crónicas marcianas», se llamaba su

programa. Ahora, Sardà ejerce de comentarista político en tertulias, aunque su producto continúa siendo el mismo: sólo ha cambiado el envoltorio. Del éxito de «Crónicas» se derivó la actual hegemonía catalana en el sector de la telebasura, también en su rama de la tertulia política. Pero ése es tema para otro libro.

Cuando la empresa Personality Media publicó en 2019 su lista anual de los famosos más admirados por los españoles, sólo tres catalanes aparecieron en ella: Pau Gasol, Mireia Belmonte y Marc Márquez. Todos deportistas, ninguno nacionalista. Sería interesante estudiar si eso dice más de los españoles o de los españoles catalanes, aunque la respuesta parece obvia. ¿Dónde está el Pla del siglo XXI?

A ese problema catalán de España se suma un segundo problema español: Ortega y Gasset.

La frase «España es el problema y Europa la solución» continúa siendo hoy, más de cien años después, el núcleo de la autoconciencia española. El español es un hipocondríaco de la nación que cree padecer un problema consustancial, idiosincrásico y racial que ningún otro ciudadano de ninguna otra nación ha padecido jamás. Una reina del drama que desprecia las virtudes y exagera los defectos de su país para convertirse así en el héroe de su propia profecía autocumplida: soy especial porque soy peor que todos los demás.

Por supuesto, le ciega su narcisismo. España es una nación tediosamente asimilable en lo malo a cualquiera de las de su entorno, pero no tanto en lo bueno, donde puntuamos bastante más alto de lo que creemos. Algo obvio para cualquiera que haya viajado más allá de los confines de su aldea mental. No debería haber hecho falta, en fin, que llegaran Stanley G. Payne, Gustavo Bueno o Elvira Roca Barea a recordarnos lo obvio.

Salvo por un detalle: Cataluña. Cataluña es la Gran Anomalía española.

El big bang de la Gran Anomalía catalana

La piedra sobre la que se ha edificado la iglesia del nacionalismo catalán es el mito de la lengua propia. El big bang de la Gran Anomalía catalana.

La lengua mayoritaria en Cataluña es el español. Esto no es una opinión. Lo era ya en 1833, cuando un puñado de poetas románticos que hablaban español en sus mansiones del barrio de Sant Gervasi, pero escribían odas a la patria en catalán de masía de Olot, inventó su propio paraíso perdido y sentó las bases de uno de los negocios más rentables de la historia de este país: el nacionalismo catalán. Lo seguía siendo en 1978, cuando el 90,5 por ciento de los catalanes votaron sí a la Constitución. Y lo es todavía hoy, tras diez gobiernos convergentes y dos socialistas, que suman un total de doce gobiernos nacionalistas (en Cataluña jamás han gobernado los otros).

Ése, y no otro, es el verdadero drama catalán: que la lengua propia no sea mayoritaria ni siquiera en Cataluña. Lo cual, ay, quizá signifique... que Cataluña no es de los catalanes sino de todos los españoles. El dato es pintoresco porque, como dice Félix de Azúa, la gente suele hablar la lengua del que manda, además de la otra. Y en Cataluña lleva casi doscientos años mandando el nacionalismo.

A pesar de ello, los ciudadanos catalanes han tenido la descortesía de vivir en el idioma que les ha dado la gana, que es preferentemente en español, haciendo caso omiso de las periódicas fetuas lanzadas contra él desde TV3 y el *Diario Oficial de*

la Generalidad de Cataluña. Que también es TV3, pero en formato escrito.

En una de esas fetuas, los periodistas de TV3 se lamentaban por el hecho de que la lengua mayoritaria en los patios de las escuelas fuera el español cuando los profesores de esos niños no se dirigen a ellos en otro idioma que no sea el catalán. «Netflix es mucho más poderoso que el franquismo», decía uno de los entrevistados, en la estela de ese Arnaldo Otegi que se lamentaba de que los jóvenes vascos se pasaran el día en internet en vez de triscar por los montes como cabras con denominación de origen. Ambos tienen razón. ¿Cómo conservar vivo entre los niños un idioma regional que no es el mayoritario, ni el habitual de la cultura popular, ni el utilizado por la mayoría de las estrellas del deporte, ni el que te permite viajar más allá de los confines de tu aldea, sin volver a 1833 cual mormón con barretina? ¿Sin darte de baja del wifi?